

y en la pira constante del respeto
 la misma luz se abrasa por la llama.
 Que alada mariposa en torno inquieto
 por libertad ó la prisión aclama,
 sin ver que el resplandor que busca incierta
 la ha de dejar, al fin, cautiva ó muerta,
 El femíneo disfraz, sutil cautela
 le asegura en la empresa inaccesible,
 y en él la luz desconocida vuela
 al vencer con la sombra un imposible;
 pero Clície que, inquieta, se desvela
 al rigor de sus celos insufrible,
 rompe al secreto la prisión del labio,
 que es mujer, siente celos, ve el agravio.
 El paterno furor precipitado
 su vano pundonor juzga perdido,
 en ser notorio, aún antes de vengado,
 cuanto fué agravio aún antes de sabido.
 Que hay respeto tan mal aconsejado
 que siente en su concepto inadvertido
 no haber satisfacción, mientras la afrenta
 no se vengase aún antes que se sienta.
 De la horrorosa fragua de la ira
 sale forjado el bárbaro instrumento,
 siendo cada centella que respira
 Mongibelo fatal, volcán sangriento
 cuyo impávido ardor voraz conspira,
 de sus incendios al osado aliento,
 solo á lograr cruel, en tierros fines,
 matizar de claveles los jardines.
 Muchos la misma muerte desearon
 porque se propia vida aborrecieron;
 pues mientras el morir solicitaron,
 el placer del vivir desconocieron;
 pero tú ¡oh! muerte! en lance tan funesto
 pesar debes de ser, pues llegas presto.
 Solo esta vez de pronto y vigilante
 la propensión contra su amor olvida,
 cuando el oriente de esta envidia errante
 fué ocaso de una vida que es su vida.
 ¡Oh, joven infeliz! si eres amante
 no duerma tu atención desprevenida,
 que planta que se mueve tan cobarde
 de miedo hubo de ser, pues llegó tarde.
 Al mirar el horror tan peregrino,
 al ver el desengaño tan hermoso,
 al contemplar lo humano tan divino
 y al advertir lo yerto tan precioso,
 la admiración suspensa se previno,
 todo el aliento se postró dudoso;
 mas no es mucho, en el caso, pues se advierte
 que era un cadáver vida de la muerte.
 Templada la congoja, enjuto el llanto,

al corazón el riesgo se repite
 de la deidad troyana, cuyo encanto
 aún posible á la voz no se permite;
 pues tanta perfección, prodigio tanto,
 con su misma beldad solo compite,
 en cuyo encanto Amor labró propicio
 bella la ruina, hermoso el precipicio.
 El profético dón á su cuidado
 fué (aún antes de pedirse) concedido,
 que siempre tuvo un pecho enamorado
 en la dádiva el ruego prevenido.
 Mas ¿qué deseo viéndose logrado
 no sepulta el favor en el olvido?
 Dígalo de Casandra el trato necio,
 pues pagó tanto honor con un desprecio.
 Ya del ser de deidad los caracteres
 borró su ingratitud, y transferida
 en el gremio común de las mujeres,
 se ve su perdición tan abatida
 al arbitrio de varios pareceres,
 que aún la verdad en ella no es creída;
 que aunque más la verdad buscada sea,
 si la dice mujer, no hay quien la crea.
 Este castigo solo, esta venganza
 nuestro joven logró de su desprecio,
 borrando del amor y la esperanza
 á quien de sus finezas hizo aprecio.
 Es que adquirió de heróico su templanza
 cuanto el agravio acreditó de necio,
 pues de lo soberano no es grandeza
 ensangrentar el filo en la vileza.
 Estos rasgos, incultos é ignorantes,
 descubren de mi objeto los primores,
 así como en la sombra más brillantes
 muestra la luz sus rubios esplendores;
 porque, para bosquejos semejantes,
 solo en la oscuridad se hallan colores;
 mas si acaso en sus señas yerro el modo
 Apolo diga; ya lo dije todo.

Este, pues, despreciando
 la emulación bastarda y tenebrosa,
 salió un día ilustrando
 la selva en competencia tan hermosa,
 que sus hermosos rayos
 hicieron de un Diciembre muchos Mayos.
 Bostezando la Aurora
 del nocturno letargo despertaba,
 y alegre, presurosa,
 su risa en perlas finas derramaba,
 prodigando á la tierra

todo el rico tesoro que en sí encierra.
 Allí Clicie gemía
 la dilatada ausencia de su amante;
 pero la luz del día,
 mirando en sus afectos lo constante,
 alegre y advertida,
 las albricias ganó de su venida.
 El inquieto arroyuelo
 que en murmullo ruidoso se dilata,
 hizo su voz de hielo
 cítara de cristad, violín de plata,
 y en argentados quiebros
 entonaba á la Aurora mil requiebros.
 Los dulces ruisenores,
 matizando la selva, transformaban
 gorjeos y colores;
 mas como entre las flores se exhalaban
 los acentos suaves,
 no supo si eran flores ó eran aves.
 Para tocar el cielo
 el águila caudal estiende el ala,
 en cuyo altivo vuelo
 la eterea región del viento escala,
 acusando á Phaetonte
 las tardas huellas de Phlegón y Etonte.
 Los tiernos recentales,
 al materno regazo alimentados,
 en tropas desiguales
 guarnecen los repechos y collados,
 y cada uno visible
 parece de la nieve ampo movable.
 El monte se estremece
 de escuchar el bramido de la fiera,
 que tímido entorpece
 de ave y venado, el vuelo y la carrera,
 y de uno á otro horizonte
 otro monte también tiembla del monte.
 Desplegando briosa
 de su botón la rígida clausura,
 sale á ostentar la rosa
 su fragancia, su gala y hermosura,
 deleitando suave
 valle, fuente, cordero, fiera y ave.
 La diestra Agricultura
 reparte á la fatiga el instrumento,
 que en la tierra asegura
 de la vida el placer y el alimento,
 que en fruto y logro alcanza
 el perenne sudor de la labranza.
 En pródigas corrientes
 representados trozos de diamantes
 derramaban las fuentes,
 y al risco le arrastraba más brillantes

la tela de su falda
 que enriqueció el diamante y la esmeralda.
 Alegre, y admirado
 con variedad de objetos divertible
 me vió Apolo en el Prado,
 y con rostro benigno y apacible,
 sin que á olvidarlo acierte,
 por mi dicha me dijo de esta suerte:

El Monarca más augusto
 de cuantos el hemisferio
 sacrificó en regias aras
 los aromas del obsequio;
 el príncipe á quien los dioses
 del hispano trono dieron
 la silla que solo pudo
 ser de tal príncipe acierto;
 el que, por naturaleza,
 en las alas del aliento
 volando hacia lo inmortal
 solo se paró en lo eterno;
 aquel á quien las batallas
 tantas veces conocieron,
 hijo de Marte en la lucha,
 hijo de Jove en el fuego;
 aquel que para Monarca
 los dioses tan propio hicieron,
 que reina en los corazones
 aún mucho más que en los reinos;
 aquel que, por excederme
 los influjos más selectos,
 hace el bien de los vasallos,
 de su fatiga el recreo;
 aquel que la excelsa cuna
 de los hercúleos desvelos
 fué su oriente en la animoso,
 fué su norte en lo discreto;
 aquel que de la diadema
 el brillante esplendor regio,
 para deberle al valor,
 olvidó el merecimiento;
 aquel que para reinar
 en el hispánico imperio,
 cuantas buscó turbaciones
 le dió la envidia trofeos;
 Philipo, dijo, aquel joven
 monarca de los afectos,
 imán de las voluntades
 y atractivo de los pechos;
 Philipo quinto, el amado,
 el valeroso, el excelso,
 el benigno, el vigilante,
 el victorioso, el perfecto;
 Philipo quinto á quien gratos

le constituyen sus hechos,
 para Europa sin segundo
 y para el orbe el primero;
 Philipo quinto ¡oh! permita
 el alto poder supremo
 logre el centro de las dichas,
 pues es de las almas centro!
 Oh! quiera el supremo móvil,
 á impulsos del escarmiento,
 que la emulación le doble
 la rodilla del respeto!
 Dicen, pues, que en estos días
 mas fugores le añadieron
 en el libro de los Astros
 una línea de reflejos;
 más cuando en oscuridades
 camina el discurso ciego,
 si tropieza en lo ignorante,
 no eche la culpa á lo cuerdo.
 Oh! cuantas veces disfrazan
 los errores los conceptos,
 pues también son los errores
 hijos del entendimiento!
 El engañar la esperanza
 es de la lisonja afecto;
 pero hacer sombras las luces
 vileza es del pensamiento.
 Si un ser inmortal preciso
 en Philipo suponemos,
 ¿cómo pueden limitarse
 las edades ni los tiempos?
 Que sea inmortal la fama;
 en bien distintos acentos
 lo pregonan y acreditan
 con mejor voz los progresos.
 Quien colocó tan á ciegas
 los atributos del cetro,
 que puso las amarguras
 primero que los contentos?
 ¿Quién vió en catre de diamantes
 que el más feliz himeneo
 á los siglos del cariño
 les negase los momentos?
 ¿Quién vió la inquietud tirana
 hacer con rígido empeño

tan pródigas las fatigas
 como avaros los sosiegos?
 ¿Quién vió pintar tan valiente,
 tan bizarro ni tan diestro,
 que pintase la fineza
 con el pincel del despego?
 ¿Qué mónstruo de Hydra villana
 no templó el cuchillo, viendo
 dividir de sus cabezas
 tanto sedicioso cuello?
 Oh! infelices corazones!
 ¿no advierte vuestro horror ciego
 que hace más vil la osadía
 el ser tan noble el objeto?
 ¿Quién en más fieras campañas
 vió, conquistando ó venciendo,
 pagar las seguridades
 con el caudal de los riesgos?
 ¿Quién vió de osado enemigo,
 en combates más sangrientos,
 agonizar el valor
 con la congoja del miedo?
 ¿Quién vió observar más precisa
 la sacra ley del decreto,
 que da al rebelde el castigo
 y da al obediente el premio?
 ¿Quién vió de mejor planeta,
 en el alto firmamento,
 bordar su dosel sagrado
 tanto radiante lucero?
 Ya á Philipo eternizaron
 estos heróicos extremos,
 que porque le sobran tantos
 no se contentó con menos.
 Del triunfo los enemigos

bien á su costa aprendieron
 de la escuela de Philipo
 los fatales documentos.
 Ya el atezado Vulcano,
 por más que apure el ingenio,
 nunca forjará en su fragua
 de mejor Marte el acero.
 Ya la fina consonancia
 del más acordado plectro
 solo empleará en Philipo
 de su dulce voz los quiebros.
 Ya se vió contra Philipo
 respirar la envidia incendios,
 y su ardor al extinguirlos
 solo pareció de hielo.
 Para merecerte, España
 hizo más preciso el medio,
 pues le llamó la lealtad
 con las voces del derecho.
 ¿Cómo puede á tales glorias
 de la ignorancia, lo necio
 comprender en lo mortal
 sin que se ofenda lo inmenso?
 ¿Cómo podrán las edades,
 ni cómo pueden los cielos,
 un sin fin de primaveras
 ceñir á solo un invierno?
 ¿Cómo pudieran mis rayos,
 en círculos desatentos,
 asignar las duraciones
 á quien las tiene sobre ellos?
 Ni ¿cómo pudiera osado
 el inferior elemento
 subir hacia las estrellas
 sus vagos vapores densos?

Logra, excelso Philipo, prodigioso,
 fama que en lo inmortal establecida,
 para ser en dos orbes aplaudida,
 pasa de lo triunfante á lo glorioso.
 Ya castigado el áspid envidioso
 á tu brazo rindió la infeliz vida;
 pero si de tu mano fué su herida,
 en morir de tal mano fué dichoso.
 El auge logrará de sus blasones
 tan elevado el cetro que mantienes
 que lleguen sus aplausos á inmortales;
 y verán tus amantes corazones
 reinar un rey, que es cifra de los bienes
 en un imperio ejemplo de los males.

Así yo en mi corte angusta,
 por inmortal, le celebro,
 haciendo de mis influjos
 noble víctima á su templo.
 Mas como los hombres viven
 en un error tan grosero,
 que aun la luz del desengaño
 no admiten en los sucesos,
 hoy determino sacarles
 del oscuro cautiverio,
 en que la común costumbre
 tiene sus conocimientos.
 La fama del gran Philipo,
 en los padrones Phebeos,
 borró ya de lo mortal
 los caracteres funestos;
 y así á mis amados hijos,
 con varios temas y metros,

dirás que inmortal aplaudan
 á Philipo en sus conceptos.
 No el día en que cumple años
 han de celebrar, supuesto
 que nunca puede cumplirlos
 el que no puede tenerlos.
 Solo triunfos de Philipo
 celebrarán más atentos,
 el día que nació antorcha
 ilustrando el universo.
 Sus victorias den asunto
 copioso á tan alto empleo,
 porque se esmalte el valor
 en la joya del ingenio.
 Allí, en rasgos elocuentes,
 que son de mi influjo esmeros,
 se hará lenguas la lealtad
 con la voz de los deseos.

Allí fecundo bordará sus sienes
 el altivo, inmortal laurel frondoso,
 trasladándose en ellas como premio,
 si en los demás se asienta como robo.
 Allí terso el cristal, fertilizando
 mis febeos pensiles deliciosos,
 los süaves perfumes que exhalaren
 volarán á la cumbre de mi solio.
 Si buscan de Caliope la arrogancia
 al cantar de Philipo los elogios,
 en su valor aun más ardiente el eco
 encontrarán las voces de lo heróico.
 Si de aliento el piélagos insondable
 claman en sus conceptos misteriosos,
 aplaudirán con Clio en su real pecho
 todo el marcial incendio en cada soplo.
 Si por sus perfecciones peregrinas
 le celebran objeto el más hermoso,
 del más tibio discurso al primer vuelo
 prodigara Polimnia su tesoro.
 Si leales en Terpsicore buscaren
 en su llama al afecto el desahogo,
 los trascendentes humos de la hoguera
 el peso mantendrán del regio trono.
 Si tiernos con Erato solicitan
 en el mar de su amor surcar el golfo,
 cuando zozobre un alma en cada pecho
 su gloria encontrará si no halla el fondo.
 Si Urania á lo inmortal su metro eleva
 por hacer en Philipo centro y polo,
 siga su heróica huella que de humana
 las señas deslumbró con lo glorioso.
 Si officiosa Talia preparare
 á su deidal teatros sumptuosos,

vuele á la esfera que es, para erigirlos,
 todo el espacio de dos mundos cortos.
 Si del vencido ceño de la envidia
 celebrasen la ruina y el oprobio,
 de Euterpe las cadencias le ministren,
 en su mismo tormento, nuestro gozo.
 Sin el lúgubre acento Melpomene
 hoy hará más plausible el sacro voto,
 pues de alevés el trágico escarmiento
 resuena en la lealtad eco armonioso.
 Su mismo plectro en la razón templado,
 digno clarín á su alabanza propio,
 entonará en las voces del aplauso
 las justas vanidades del asombro.

Y así como en los combates,
 que son teatro del duelo,
 para sitio de venganzas
 suele señalarse puesto,
 también yo en esta elocuente,
 generosa lid de afectos,
 de más gloriosos combates
 mejor sitio les prevengo.
 La mansión del gran Marqués
 será el sitio; pues no es nuevo
 el que ocupen los aplausos
 las mansiones del obsequio.
 De aquel héroe que la fama,
 para ennoblecer su templo,
 no hallando lugar decente
 lo colocó en el supremo;
 de aquel, para cuyo aplauso
 aún tanto clima diverso

como en el orbe le aclama,
 solo es teatro pequeño;
 el que al castalio raudal
 arrojándose sediento,
 de sus líquidos cristales
 dejó agotados los senos;
 el nuevo Apolo en las musas,
 el Licurgo en los gobiernos,
 el Marte de las campañas,
 el Catón de los consejos;
 y en fin, aquel númen sacro
 que, excediéndose á sí mismo,
 es breve pielago undoso
 de inimitables talentos.
 Más no murmures, si amante
 en su elogio me detengo,
 que es agraviarle milagro,
 no celebrarle portento.

Y tú, que de mi diestra producido
 en el brillante solio venerado
 te miras en mis luces transformado,
 te ves de mis afectos aplaudido;
 hoy de Philipo el culto engrandecido
 en tu mansión previene mi cuidado,
 que en ella sonará más elevado
 de tus glorias el eco repetido.
 No presumas obsequio de la suerte
 el que deja esta vez acreditada
 la gloriosa lealtad de su desvelo;
 pues es razón precisa, si se advierte
 que sus aplausos logre en tu morada
 quien logra sus ventajas en tu celo.
 Esto dijo, y el curso apresurando
 volante exhalación al horizonte,
 el vago parasismo de las luces
 abortó las tinieblas de la noche
 Mas noche tan feliz que de los rayos
 no envidiara los átomos veloces,
 porque noche de obsequios tan lúcidos

nunca puede tener oscuro el nombre.
 Esto os refiere el balbuciente númen
 que, lejos de lo vano, reconoce,
 entre los privilegios de obediente,
 el destemplado acento de sus voces.
 Luzca, pues, en la víctima el precepto;
 y el precepto y la víctima uniformes,
 y de tan dulces plectros se perciban
 las cláusulas plausibles más acordes.
 No acobarde el recelo tanto brío
 ni inquieten la osadía los temores,
 pues la aspirada gloria del acierto
 aún á solo el intento se propone.
 Vuele de tanto ingenio la argentada
 celeste inundación que undosa corre
 no á su espirable fin, sino á la cumbre
 entronizada del Parnaso monte.
 Los líquidos cristales represados
 rompen los fuertes diques, que les ponen
 con las ociosidades inculpables
 las precisas tareas inferiores.
 Nunca en más noble asunto concurren
 el pincel y la péndola conformes,
 pues si él immortaliza los objetos
 también ella eterniza los blasones.
 Al difundir los néctares sagrados
 en el culto verán las atenciones,
 que tanto heróico espíritu alimenta
 la celeste ambrosía de los dioses.
 Ambiciosos del triunfo, los conceptos
 en alas del Amor suban veloces
 al solio donde Apolo, obedecido,
 de inmortales laureles les corone.
 La Fama en la palestra preparando
 el propicio caudal de aclamaciones,
 su dorado clarín en vuestro aplauso
 sonará en el oído de ambos orbes.
 Cese, pues, de mi númen lo prolijo
 que ya á vuestros acentos superiores,
 obedientes al voto y al precepto,
 en metros diferentes corresponden.

ASUNTO PANEGÍRICO

A los felices años del Rey Nuestro Señor

Del R. P. Fray Agustín Sanz:

Los falsos dioses que el gentil adora,
 los héroes profanos de la Fama,